

prensa confiscados hace diez años. Se ha querido subrayar desde la partida que el trabajo de la "Alianza Democrática" está directamente ligado a la lucha contra la censura y por la libertad de expresión.

A fin de agosto ocurrió un hecho significativo. Antes del 11 de septiembre de 1973, Chile era el paraíso de los debates políticos en los medios de comunicación. El programa "A esta hora se improvisa", dirigido en el canal 13 por Jaime Celedón, con participación de personajes de todo el espectro político nacional y con un invitado especial en cada encuentro, era el espacio televisivo de mayor sintonía del país. Con el golpe militar terminaron estas discusiones, seguidas por los chilenos como si fueran partidos de fútbol, en forma abrupta.

Hace un año el propio Celedón quiso revivir estos debates en una radio, en forma muy suavizada, pero el gobierno se opuso terminantemente. Ahora, en medio de las medidas de "destape" que anuncia el Ministro Jarpa, Celedón ha salido al aire en Radio Chilena, emisora dependiente del arzobispado, con el programa "A esta hora se analiza", en ligero contraste con el "se improvisa" de épocas pasadas. También en contraste con el pasado, los animadores permanentes forman un moderado espectro de centro derecha. El primer invitado especial ha sido el propio Arzobispo, Monseñor Juan Francisco, quien aclaró que no había pedido permiso al gobierno para transmitir el programa por tratarse de una radio de la Iglesia y porque los participantes desean "que la Iglesia sea en forma real y activa un lugar de encuentro".

Aunque la discusión fue muy prudente, la sensación general de que el país recuperaba el estilo político del pasado, con sus tribunas de discusión libre, fue notable. El programa, por ejemplo, se retransmitió por más de sesenta emisoras privadas de todo el país. Otras radios anuncian programas parecidos. Se dice, a todo esto, que el gobierno, dentro de los planes de apertura del Ministro Jarpa, ha renunciado a ejercer presiones administrativas sobre la prensa hablada y escrita. Es muy posible, pero el artículo 24 transitorio, que de hecho dejaba en suspenso las principales garantías constitucionales, sigue en pie, listo para ser utilizado por el gobierno en forma discrecional.

Lo que ocurre es que se ha producido una aceleración brusca, marcada

por una serie de situaciones que parecen irreversibles. El gobierno, sin duda, podría tratar de recuperar el control, pero ya sería muy difícil que lo haga en forma medianamente pacífica. Las compuertas levantadas por la censura, la más feroz que ha conocido el país desde los tiempos coloniales, han empezado a trizarse y a hacer agua por todos lados. Eso de que la Iglesia ayude al proceso, cambiando su antiguo rol de inquisidora por el de "madre y... servidora de todos los hombres", como la definió Monseñor Fresco en "A esta hora se analiza", es quizás una de las ironías mayores de toda esta historia.

INVITACIÓN A LA BIOGRAFÍA

Enrique Krauze

México, tierra propicia a la literatura y la historia, no lo ha sido para un género que participa de ambas: la biografía. La razón profunda de esta condición está, a mi juicio, en nuestra cultura política. El género prosperó en ámbitos políticos muy distintos a los nuestros, campos abiertos a la disidencia, que suponían una clara diferenciación individual. En Roma, sociedad pagana de gran tensión pública, hasta los dioses eran políticamente diversos. Las *Vidas* de Plutarco no se entienden sin la pluralidad de su pasado inmediato o, al menos, sin una nostalgia de esa pluralidad. El surgimiento de corrientes moralistas e individualistas en filosofía, característico de las épocas crepusculares como las que vivió Plutarco, corre también al parejo de un retraimiento de la lente histórica. La mirada se fija en la conducta de los individuos y decrece de las abstracciones o las vastas fuerzas impersonales.

Con la Edad Media se abandonó este tipo de biografía cuyo tema era los afanes entre los hombres, para dar paso a la platónica narración del vínculo entre el hombre y Dios. En este largo período prosperó la monótona hagiografía pero nació también la autobiografía de tensión interior tal como lo practicaron San Agustín y Santa Teresa. Con todo, a pesar de las excepcio-

nes, durante aquel milenio el hombre fue un ser disminuido frente a sí mismo. Los artistas eran anónimos sin saber que lo eran. De allí que la idea providencial de historia impusiese a la biografía un papel de esclava no muy distinto al que tiene ahora en los regímenes de ideologías totalitarias. Se trataba de un movimiento espiritual que anulaba la diferenciación entre los individuos y perseguía justamente lo contrario: su integración en un solo plan trascendente.

El Renacimiento volvió los ojos a Grecia. Reaparecieron las grandes historias e historiadores. Pero el tránsito hacia la biografía moderna no fue súbito. Ocurrió principalmente en un país: Inglaterra. Quizá la primera biografía moderna no haya sido, como se ha dicho siempre, la *Vida de Samuel Johnson* de James Boswell sino la de Tomás Moro, de William Roper. Su resorte es la vindicación de un individuo en cuanto tal. Su tema no es ya — como en San Agustín — el hombre en lucha consigo mismo que finalmente se integra al poder, sino la manera en que se enfrenta al poder: la santidad por la disidencia. Paralelamente, la trama política inglesa se volvía cada vez más compleja y esa complejidad favorecía el género biográfico. Bien vistos, los dramas históricos de Shakespeare — gran lector de Plutarco — no son otra cosa que grandes biografías políticas y morales.

A esta creciente diferenciación de papeles políticos (piénsese en Enrique VIII, Wolsey, Moro, Cromwell, Milton) siguió un desarrollo cada vez más generalizado de nuevos papeles individuales por fuera de la política y, lo que es fundamental, con un sentido plenamente secular en el pensamiento, la ciencia o el arte. No ignoro que este desarrollo ocurrió también en otros países europeos y que Maquiavelo, Pascal, Montaigne o Cervantes son, con iguales méritos, fundadores del individualismo moderno. Pero pienso que Inglaterra se adelantó en el camino de una conjunción entre humanismo, progreso político y diferenciación individual. Curado de santos por Locke y Hume pudo ensayar plenamente, en el siglo XVIII, un proyecto inverso al de la Edad Media: subrayar la diferenciación individual como un fin en sí mismo, exaltar las características de un individuo en lo que tenían de únicas e irrepitidas. No es casual, entonces, que la biografía por antonomasia en Occiden-

te la publicase Boswell en 1791. Pudo titularse perfectamente: "Historia universal del Doctor Johnson".

En el Siglo XIX y XX no dejaron de escribirse estupendas biografías, si bien ninguna alcanzó las alturas clásicas de la *Vida* de Johnson. Nuevas personas colectivas arribaron al escenario histórico: naciones, estados, clases, instituciones. Nuevas reglas de moralidad inhibieron —en la propia Inglaterra— la curiosidad biográfica. La Era Victoriana no evitó que Carlyle viese a la historia como la hazaña de unos cuantos héroes, pero su obra no era ya biografía sino metafísica biográfica. A fin de cuentas, a pesar de que las literaturas de Occidente se poblaron de biografías, el género no llegó a las alturas de sus afines: la novela y la historia. Ni siquiera la revolución freudiana la ayudó mayormente. En suma, no resulta excesivo afirmar que la biografía alcanzó su momento mejor en la Ilustración, cuando su objeto —el individuo— era el indisputado rey universal.

En México, aquellas condiciones de diferenciación individual y modernidad política que caracterizaron al mundo anglosajón, sufrieron un largo retraso y quizá nunca lleguen a Imperar del todo. Durante la Colonia predominó una cultura política con tonalidades medievales en la cual el individuo sólo lo era cabalmente como parte de un orden que lo trascendía y que al trascenderlo le daba sentido. Aquella sociedad integraba, no siempre de modo opresivo, la identidad individual con la fe. En su biografía de Sor Juana Inés de la Cruz Octavio Paz describe este sacrificio del individuo que Sor Juana vivió con enorme tensión pero que sus contemporáneos, aún los más ilustrados, vivían sin grandes conflictos. Es natural que en un ámbito cerrado y piramidal la vida humana no fuese en sí misma un tema de interés. En aquel universo premoderno, absorbente e indiferenciado, apenas podían surgir tipos individuales con proyectos seculares. Ésto, y la correspondiente unanimidad política, explican quizá el origen de nuestra penuria biográfica. No era biógrafos lo que nos faltaba: eran individuos.

La cultura política que heredamos de la Colonia permanece aún parcialmente —para bien y para mal— entre nosotros, y ha empalmado con un culto por la autoridad y el Estado muy propio del Siglo XX. Apenas comenzá-

mo siempre— las bondades y los riesgos del liberalismo político, cuando nuestros países se dieron a la importación extrológica de doctrinas omnicomprensivas que relegaban al individuo a un lugar secundario. Para el positivismo, el estatismo o el marxismo, el individuo es una pieza del entremado social que no puede ser un fin en sí mismo. Si durante la Colonia la identidad individual se integraba en la Corona o la Religión, esta actitud ha pesado con pocas modificaciones al Estado Nacional. Parece natural, entonces, que esta continuidad integradora haya sido impropia para el género biográfico.

El tipo peculiar de política caudillesca no ha favorecido tampoco un repunte del género. Es verdad que "las vidas de héroes" llenan los estantes, pero a buen seguro que su propósito general no es el conocimiento objetivo del individuo, o siquiera su exaltación inteligente, sino una variedad disminuida de la hagiografía hecha con propósitos políticos. Nuestras miles de biografías no son tales: son pro o contrabiografías.

Por desgracia no paran allí nuestras desgracias. El estilo de nuestra vida pública bloquea toda aproximación a un enfoque biográfico. Nuestra vida pública es, en realidad, vida privada, y los "hombres públicos" hacen lo imposible porque sus papeles y recuerdos guarden un obediente silencio. Son hombres de sistema hasta después de muertos. Por otro lado, tampoco nos ayuda la excesiva facilidad con que solemos adoptar las modas académicas o intelectuales del extranjero. Hemos vivido una luna de miel mal correspondida con la cultura francesa. De ella abrevamos nuestros esquemas, programas y prejuicios. En Historia, desde los años sesenta, seguimos puntualmente modas con vagos tintes metafísicos y sociologistas, y abandonamos la escuela humanista que nos dejó el Doctor Gaos. En un cuadro donde lo predominante es el dogmatismo ideológico, la biografía nada tiene que hacer: no aporta evidencias para el "gran libreto" de la historia, sino casos particulares que introducen el azar, la sorpresa, la incomodidad.

Y sin embargo, la biografía se mueve. La ayudan nuestros tiempos. La cultura anglosajona no necesita recontrarla porque la ha practicado por siglos. Lo mismo cabe decir de la Europa Occidental. En cambio, los países del Este o de Iberoamérica están todavía en posición de descubrir a sus indi-

viduos, sobre todo en un mundo gobernado por vastas fuerzas impersonales. Un ejemplo extremo es la autobiografía de Nadezhda Mandelstam. Sabía que su experiencia personal era un mirador privilegiado para entender la naturaleza del Estado totalitario y por eso guardó en la memoria las miles de cuartillas que integraron finalmente su obra. Frente al Estado y las ideologías totalitarias renace —como en el Renacimiento con Giordano Bruno, Miguel Servet o Tomás Moro— el valor testimonial del individuo o —diría Casetti— del "sobreviviente" que se define por oposición al poder. De nueva cuenta, aunque por razones menos luminosas que en la época del Doctor Johnson, hay personas que resumen en su vida la historia universal.

En México habitamos todavía de la herencia cultural de la Colonia, pero no somos la Colonia. Si no suficientes biógrafos, nuestros países iberoamericanos han producido ya individuos con papeles claramente diferenciados, cuyas vidas expresan y cruzan estratos profundos y variados de nuestra historia. Hacen falta biografías sobre eclesiásticos, empresarios, militares, políticos, intelectuales, así como estudios sobre hombres sin atributos particulares, pero cuya normalidad es, en sí misma, reveladora.

La biografía intelectual, en particular, ofrece un campo casi virgen al investigador. Pienso cuando menos en dos tipos de biografía posibles dentro de la tradición cuyo perfil he intentado esbozar. Cada una de ellas correspondería a un tipo *intelectual* claramente definido ya en nuestras sociedades: el humanista y el intelectual político en su doble vertiente de pensador-constructo o crítico disidente.

En el primer caso estaría la progenie puramente humanista que ha existido desde la Colonia. ¿Existe ya en Iberoamérica, por ejemplo, una biografía definitiva y moderna de Andrés Bello o de José Enrique Rodó? Como ellos hay muchos intelectuales cuya obra no se reflejó solamente en libros sino en una huella moral sobre sus discípulos y en corrientes intelectuales que marcaron la historia del continente. El caso más significativo, a mi juicio, es el de Pedro Henríquez Ureña. Fue un maestro en la mejor tradición socrática. Si hubiese vivido en la Roma crapuscular sus muchos discípulos y devotos hubiesen escrito vidas y evangelios de este nuevo —y mejor— San Pedro intelectual.

Pero sus discípulos fueron avaros. Cientos de cartas del maestro dominicano duermen el sueño de los justos en los archivos de sus injustos amigos, pero no hay biógrafos que se lancen al ruedo ni suficientes iniciativas institucionales o particulares para allanarles el camino. En México la lista de candidatos a este tipo de biografía puramente intelectual sería inmensa: Alfonso Reyes, Antonio Caso, Manuel Gutiérrez Nájera, José Gaos y decenas de firmas más. Sobran los Johnson, faltan los Boswell.

Otro tipo de biografía con grandes posibilidades es la del intelectual político: ya sea integrado al poder —como constructor, ideólogo o político— o desintegrado —como crítico o disidente. La historia de estos hombres que habitan "la sombra del poder" (la fórmula es del malogrado sociólogo argentino Juan Marsal, que estudió profundamente este problema) es a menudo más interesante que la de los animales políticos puros. En aquellos suele haber proyectos y utopías. En éstos sólo voluntad.

En México el tipo dominante ha sido, por supuesto, el intelectual integrado u "orgánico" —según la tipología gramsciana. Se trata de un fenómeno anterior a la Independencia y cuyas raíces se encuentran, nuevamente, en nuestra cultura política. Así habría que ver a Quintana Roo o Servando Teresa y a las generaciones siguientes. El doctor Mora, Alamán, Rejón, Otero, Gutiérrez de Estrada, Gómez Farías, y desde luego toda la pléyade de la Reforma, tanto en su vertiente liberal como conservadora, fueron hombres relativamente integrados al poder, pensadores de su realidad, ideólogos, constructores y, cuando el bando contrario tomaba el poder, acervos críticos. Aunque algo se ha avanzado en su recuperación no creo que exista una sola biografía verdaderamente moderna y definitiva de aquellos intelectuales. Lo mismo cabe decir de los escritores que adornó don Porfirio: Justo Sierra, Bulnes, Francisco Cosmes, Telésforo García, y toda la cohorte de Científicos.

El fenómeno de integración no tuvo una clara solución de continuidad hasta 1968 y aún ésta ha terminado por ser parcial. Cuando menos tres generaciones de intelectuales mexicanos pusieron sus armas —técnicas, ideológicas, políticas, morales— al servicio del Estado revolucionario. Sobre los claroscuros de esta situación Octavio Paz

escribió párrafos transparentes en *El Laberinto de la Soledad*:

...nada más difícil que su situación. Preocupados por no ceder sus posiciones —desde las materiales hasta las ideológicas— han hecho del compromiso un arte y una forma de vida. Su obra ha sido, en muchos aspectos, admirable; al mismo tiempo, han perdido independencia y su crítica resulta diluida, a fuerza de prudencia o de maquiavelismo. La "inteligencia" mexicana, en su conjunto, no ha podido o no ha sabido utilizar las armas propias del intelectual: la crítica, el examen, el juicio. El resultado ha sido que el espíritu cortesano —producto natural, por lo visto, de toda revolución que se transforma en gobierno— ha invadido casi toda la esfera de la actividad pública. . . en muchos casos la colaboración se ha pagado con verdaderos sacrificios. El demonio de la eficacia —y no el de la ambición—, el deseo de servir y de cumplir con una tarea colectiva, y hasta cierto sentido ascético de la moral ciudadana, entendida como negación del yo, muy propio del intelectual, ha llevado a algunos a la pérdida más dolorosa: la de la obra personal. . . La "inteligencia" mexicana no sólo ha servido al país: lo ha defendido. Ha sido honrada y eficaz, pero ¿no ha dejado de ser "inteligencia", es decir, no ha renunciado a ser la conciencia crítica de su pueblo?

Es un veredicto doloroso pero justo sobre el destino de la Generación de 1915 y de 1929, y ha resultado también un dictamen profético que quizá alcance a las dos generaciones siguientes. Ambas —la de Medio Siglo y la del 68— han antepuesto —por buenos y malos motivos— la integración o la voluntad de servicio, a la crítica y la distancia frente al poder.

Quedarían por último nuestros intelectuales enfrentados al poder, nuestros émulos de Tomás Moro. No hay muchos en verdad que lleven su disidencia hasta el martirio pero sí los hay, y muy dignos, que la han llevado un poco más cerca: el exilio. Son, a mi juicio, los más interesantes y complejos. Los creadores de proyectos incumplidos, los utopistas. Representan no

tanto a la historia que fue sino a la que pudo o debió haber sido.

En México hay una tradición de disidencia. Sor Juana fue parte de ella, efímera y oscuramente, como lo demuestra Octavio Paz. No cabe duda que el proyecto nacional de los jesuitas de fines del XVIII fue disidente con respecto a la Corona: aquellos humanistas terminaron sus vidas en el exilio. En la Independencia se dan casos alucinantes de tensión moral como el de los propios insurgentes Hidalgo y Morelos: complejos cruces entre el mesianismo, la fidelidad a la religión y el remordimiento. Durante todo el siglo XIX los mismos intelectuales integrados pasaban a ser, de la noche a la mañana, intelectuales disidentes, de allí la gran riqueza de la vida política en las décadas centrales de ese siglo. En la augusta paz del Porfiriato la oposición languideció pero aún en casos como el de Justo Sierra o Bulnes es posible oír los pasos incómodos de la conciencia.

A partir de la Revolución no hemos dejado de tener nuestra buena cuota de desencantados. Hay páginas memorables de los ateneístas en este sentido, sobre todo de Vasconcelos. Pero quizá ninguna otra generación produjo como la de 1915 individuos tan profundamente decepcionados del resultado concreto de sus sueños juveniles. A partir de entonces, la franja disidente se ha ampliado, sin ser, desde luego, la dominante. En las dos últimas generaciones se observa un fenómeno importante: la disidencia desembocó en posiciones ideológicas vinculadas al marxismo. Lo cual, al menos en nuestro siglo, supone una paradoja: la crítica convertida en fe. Es natural que a aquellos disidentes les hayan brotado nuevos disidentes que redescubren el valor del pensamiento libertario o anarquista. Unos y otros son sujetos más que dignos de una aproximación biográfica, aunque sólo fuese para discernir si han adoptado el sitio de Tomás Moro, el de sus inquisidores. . . o el de ambos.

Probablemente nuestros países no alcancen el grado de diferenciación individual característico de la vertiente anglosajona. Nadie sabe ya, a estas alturas, si esto es una limitación o una ventura. Quizá, como opina Richard Morse, nuestra cultura política iberoamericana contenga elementos de vitalidad que constituyen, ahora mismo, una opción más humana y solidaria

para las democracias modernas. Pero mientras descubrimos el desenlace, en esta época crepuscular debemos volver, como Plutarco, la mirada a los hombres concretos más que a las ideas abstractas. No son individuos lo que ahora nos falta: son biógrafos.

EL RETORNO A LA NADA: MÁS SOBRE PACIFISMO Y NIHILISMO

Aquilino Duque

El viajero desprevenido que vaya por vez primera a Guanajuato se arriesga a que antes de llevarlo a la mina famosa de la Valenciana, le den una pasada por el cementerio, por el paraisón, que decimos por allá. Una vez en el pantón no tiene escapatoria. Ha de pasar por una estrecha galería entre dos filas de cadáveres momificados, apoyados contra la pared. Últimamente los han protegido con un cristal, para evitar que los visitantes se lleven pedacitos de recuerdo, reliquias taicas por así decir. A un riesgo semejante están expuestos en estos últimos tiempos los visitantes de las sedes de las Naciones Unidas. La imponente y brillante galería de los Pasos Perdidos del ginebrino Palacio de las Naciones se utiliza para montar exposiciones que recuerden al visitante las grandes tragedias de la humanidad. También se utiliza ahora para lo mismo el vestíbulo de visitas del palacio neoyortino, pero allá luce menos; no se abre aquel vasto local irregular a un paisaje de río o de rescacielos como se abre el salón de los Pasos Perdidos a un paisaje alpino y lacustre. De la contemplación de ese paisaje procura distraer al visitante una sucesión de gráficos gigantescos, estadísticas llamativas y fotografías macabras que evocan los estragos de tal o cual jinete del Apocalipsis o de alguno de sus muchos espoliques. Una temporada es el hambre; otra, el racismo; otra, las epidemias; otra, la tortura; ahora, con despliegue de reliquias de Hiroshima, la guerra nuclear, ese jinete terrible que se caza él solo de hacer volver a la huma-

nidad a la nada de la que procede. El macabro espectáculo es algo así como una versión secularizada de las Postrimerías de Valdés Leal y contrasta vivamente con el ancho parque, los cedros del Líbano, los pavos reales, una falla de estratos de oro paralelos como un bizcocho recién cortado, un macizo nevado como una pirámide de cristal y un lago azul estampado de vapores de ruedas, velas blancas al viento y pchugas femeninas al aire.

Cuando se construyó el Palacio se pensó que la apacible belleza del lugar bastaba para inspirar sentimientos pacíficos. Al fin y al cabo, fue un hijo de este paisaje natural, el padre de la democracia, Juan Jacobo Rousseau, el que concibió la peregrina idea de que el hombre es pacífico por naturaleza. Con la idea, pues, de implantar la democracia universal para que el hombre volviera a su pacífico ser natural, se edificó en la ciudad natal de Juan Jacobo el Palacio de las Naciones. Cedió los terrenos un multimillonario solterón con la condición única de que se conservaran sus cenizas en un cenotafio embocado en una glorieta y de que siempre hubiera pavos reales en el parque. Se convocó un concurso de proyectos al que, entre otros, acudió Le Corbusier. La obra se le adjudicó a otro arquitecto, que debió de concebir la planta del edificio mientras jugaba al dominó: eso es lo que el palacio parece desde el aire. Esta mansión de la paz se estrenó con malos auspicios, en plena guerra de España, entre la guerra de Abisinia y la cuestión de los Sudetes, y cuando acabó la gran guerra, que desde ella no se pudo evitar, las naciones que lucharon por la paz y la democracia se construyeron otra mansión, toda de cristal y en forma de paralelepípedo, en un lugar menos idílico pero más seguro, en la isla de Manhattan, en un paraje llamado la playa de las Tortugas. Si la paz precaria de entreguerras vino a estar simbolizada en un pavo real, puede decirse que la paz de la segunda poeguerra tuvo en la tortuga su animal heráldico. Frente a la lentitud de la tortuga y la vanidad del pavo real recibió Picasso el encargo de fabricar para la paz un símbolo más raudo y más agresivo: la paloma, ave feroz. Pero esa paloma, que no era en realidad sino el negativo de los bigotes de Stalin, dio en ser el símbolo del pacifismo. El pacifismo fue siempre un óptimo aliado del imperialismo, un aliado "objetivo", como diría

un marxista. De sobra sabemos quién ocupó el vacío político, militar, ideológico y geográfico que dejó el III Reich al desaparecer, de manera que Occidente no tardaría en verse en la misma situación en que quedó tras los acuerdos de Munich: amenazado por un Imperio que tiene la misión de redimir a la Humanidad; resignado ante la suerte de los países que ya han sido redimidos, y hostigado moral y físicamente por los pacifistas que le piden que arroje las armas, pues cuando uno no quiere, dos no riflen.

He dicho que el pacifismo es un aliado óptimo del imperialismo; afinando más, diré que más que su aliado es su sombra: la sombra que proyecta el pie antes de apoyarse en el suelo. La historia universal es una historia de imperios que se suceden en la hegemonía sobre una gran parte del mundo, o en su lucha por alcanzarla. La era nuestra es la del doble imperialismo de Rusia y los Estados Unidos; la pugna entre un imperialismo seguro de su buen derecho: el totalitario, y un imperialismo con mala conciencia: el demoliberal. El más sóldo y coherente es el primero, que proyecta su sombra—el pacifismo— sobre el segundo, que no tiene sombra que proyectar. Y esto es así porque para proyectar la sombra del pacifismo, un imperialismo tiene que tener voluntad de poder y estar convencido de su destino histórico. Cuando el imperialismo norteamericano estaba convencido de su "manifiesto destino" proyectaba sombras, si no la del pacifismo, la del garrote y la modernidad; ahora, tan pronto enseña los dientes como mete la cabeza bajo el ala, mientras que el otro imperialismo, el moscovita, no ha dudado jamás de su destino histórico ni de su voluntad de poder.

No tengo aquí más remedio que hacer eco del artículo aparecido en *Vuelta* en el que, con agudeza y conocimiento de causa, Octavio Paz reflexiona sobre estos asuntos. Octavio Paz ve muy claro que una crítica de ese doble imperialismo no es otra cosa que una crítica de la modernidad. Esa crítica, nos dice, ya la intentó Nietzsche con su doctrina del eterno retorno que no es un regreso del pasado, sino un regreso a la nada, un anonadamiento, como diría el Heidegger traducido por Zubiri. "El nihilismo —dijo Nietzsche y cita Paz— es la forma europea del budismo. . .", es decir, que Europa ha de conformarse con negar la ilusión del